

306

68

W. SCOTT

PR5306
T2
v.1
c.1

010768



1080022140



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

EL

TALISMAN,

ó el rey Ricardo

EN PALESTINA :

CUENTO DEL TIEMPO DE LAS CRUZADAS,

POR SIR WALTER SCOTT.

Traduccion del ingles al castellano

POR DON J. DE MORA.

TOMO PRIMERO.

PARIS,

LIBRERIA AMERICANA,

CALLE DEL TEMPLE, 69.

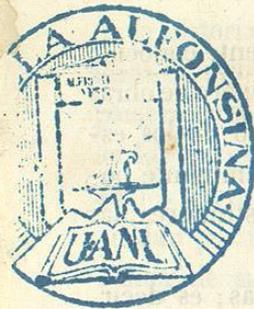
1857

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

PR5306

T2

V-1



FONDO EMETERIO
ALVERDE Y TELLEZ



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

EL TRADUCTOR.

La novela que presentamos al público, traducida al castellano, es la penúltima de las dadas á luz por el autor de Ivanhoe y Waverley. La fama del célebre Walter Scott ha cundido por toda Euro-

46995

010768

pa, en la cual es generalmente conocido como creador de un nuevo género de obras de imaginación, y como uno de los escritores que en grado mas eminente poseen el don de pintar las costumbres, las pasiones y los caractéres.

Sus novelas son históricas: es decir, aunque los sucesos que forman su nudo son fabulosos, estan retratados en ellos con la mayor propiedad los personajes históricos que introducen, y tan viva y natural es la pintura que ofrecen de las costumbres de los siglos á que se refieren, que su lectura puede suplir la falta de los libros de erudicion que es necesario consultar para enterarse de ellas. De modo que estas novelas, ademas de deleitar la imaginación, como hacen todas las ficciones literarias en que la acción está bien tejida, y diestramente manejado el interes, producen una utilidad real, cual es la de facilitar la inteligencia

de la historia, familiarizándonos con las ideas dominantes, con los usos, preocupaciones, ceremonias y modales de uno de los períodos mas interesantes de los anales del mundo. Los historiadores descuidan por lo comun esta parte esencialísima de su tarea; limítanse á referir hechos, sin darnos á conocer la escena en que pasaron; de modo que el lector, ademas de no entender gran parte de lo que se le cuenta, no adquiere sino conocimientos imperfectos y superficiales, faltándole los puntos de comparación que podrian conducirle á abrazar de una ojeada el espectáculo de los siglos. El novelista escoces ha llenado este vacío de la literatura: sus obras son, con respecto á la historia de la edad media, lo que los mapas geográficos con respecto á las relaciones de los viajeros.

Los hombres de gusto acendrado, que saben cuanto se profanan las letras si al

mismo tiempo que deleitan el espíritu, abusan de la razón y pervierten los sentimientos, no cesan de declamar contra el torrente de novelas que inunda la literatura moderna; manía ciertamente deplorable, que sostienen por un lado la ociosidad de los lectores, y la repugnancia á estudios sólidos, y por otro el gusto corrompido y la codicia de los que á este género de tráfico se dedican. Era infinitamente menos perjudicial y menos común la afición á libros de caballería, cuando se alzó contra ellos aquel genio portentoso, que tan magnífico monumento erigió al culto de la razón, y que estirpó de un solo golpe al enemigo que se propuso combatir. Y sin embargo, ¿qué diferencia entre las inocentes locuras de los paladines, y la refinada corrupción de la mayor parte de los héroes y heroínas que figuran en las novelas de nuestro siglo? Y en cuanto al objeto real de esta

clase de escritos, que es entretener y divertir, ¿quién habrá que no prefiera los tajos y reveses, y los encantos y transformaciones, y los exaltados afectos, y reverentes pasiones de los Amadis y Bellianis, á los frenéticos arrebatos, y vagas declamaciones, y mortales parasismos, y misteriosas necedades de las Atalas y de las Malvinas? Así que si en la época presente muchos hombres sensatos se lamentan de que Cervantes haya logrado tan completamente su designio, no es difícil que el autor de Ivanhoe, aficionando al público á los cuadros que habían desaparecido de su vista, le aleje para siempre de las insípidas caricaturas que ahora le divierten y alucinan.

Las novelas que mas nombradía han adquirido en estos últimos tiempos están impregnadas de los vicios que necesariamente han adquirido los pueblos, al llegar á cierto grado de civilización; el

egoismo reconcentrado, que sacrifica las consideraciones mas sagradas á la satisfaccion de una pasion dominante; la refinada hipocresía que cubre con el manto de la virtud los mas criminales excesos; la exasperacion del orgullo, y el delirio de la soberbia, que terminan por una muerte voluntaria las desventuras ocasionadas por los mas torpes extravíos. Al leer semejante conjunto de desacuerdos, no parece sino que el hombre ha sido colocado en la sociedad para abandonarse sin freno á sus apetitos; para encaminarse al logro que se propone, por los medios mas prontos y fáciles, y para retirarse por sí mismo de la escena cuando las circunstancias se han opuesto al cumplimiento de sus miras. ¿Qué otra moral es la que enseñan Werter, Saint-Preux, Oswald y otros personajes que por desgracia han dado en manos de ingenios de primer orden, que han sabido sedu-

cir en copa de oro, y dar á la insensatez y al delito un idioma encantador é irresistible?

Nuestro autor, lejos de abusar de las grandes prendas que como escritor posee, las emplea en objetos mas nobles, y si nos hace amable la virtud, no es presentándonos un simulacro vicioso revestido de su nombre, y formado de elementos enteramente contrarios á los suyos, sino pintándonos sus modelos, y dándonos á conocer amantes respetuosos, enemigos generosos y magnánimos, amigos fieles, servidores leales, y mugeres sensibles, pero recatadas, que no cifran toda su existencia en la pasion, ni se creen nacidas para inspirar y hacer locuras.

Nos lisonjamos con la esperanza de que los pueblos de la América que fué española, rectificadas sus ideas en fuerza de las reformas políticas que han

abrazado, sepan apreciar, aun en los ramos de lujo y recreo, lo que es realmente bueno, por estar de acuerdo con las reglas eternas del orden. Si merece su aprobacion este ensayo, no tardaremos en ofrecerles las obras maestras de la misma pluma.

EL TALISMAN.

CUENTO DEL TIEMPO DE LAS CRUZADAS.

CAPITULO PRIMERO.

Aun no habia llegado el sol á la mitad de su carrera en el cielo ardiente de Siria, cuando un caballero de la Cruz-Roja, que habia abandonado el techo paterno, situado en el norte de la Europa, para seguir á los